



CUENTOS PARA SONREÍR

Saúl Schkolnik

BIBLIOTECA NACIONAL



00808937

DE CÓMO DESAPARECE Y REAPARECE UN GUANACO AZUL

Había una vez un pequeño guanaco azul que recorría los angostos valles andinos buscando pasto tierno, recogiendo florecillas y escribiendo dulces poesías.

¿Que los guanacos no escriben poesías?
¡Qué importa!, si tampoco hay guanacos azules.

Gustaba nuestro apacible guanaco sentarse por las tardes a contemplar la puesta del sol, tocando en su quena suaves melodías, acompañado por los trinos de picaflores y chorlitos.

Un buen día descubrió una pequeña colina cubierta de pasto tierno. Subió a la cumbre

y sentándose... ¡Ruuuum!... se deslizó por ella como tú lo haces por un tobogán.

¡Cómo gozó nuestro amigo con aquel juego!

Una y otra vez subió corriendo y... ¡Ruuuum!... se dejó resbalar por la ladera. Tanto le gustó que, desde entonces, todos los días pasaba horas y horas subiendo y ¡Ruuuum!... desliziéndose cerro abajo.

Y sucedió que...

Nora y su padre, un ingeniero amante, como casi todos los ingenieros, de la exactitud y precisión científicas, daban un paseo por los cerros aprovechando la cálida mañana de aquel domingo.

Ambos iban contemplando las pequeñas flores, los picachos nevados, los grandes tamarugos, cuando de pronto...

¡Ahí estaba! Un guanaco azul con una flor en el hocico... ¡Ruuuum!... pasó junto a ellos resbalando sentado por la ladera de la colina.

—¡Papá!... ¡Un guanaco azul! —gritó Nora sin creer lo que estaba viendo.

—Bueno, bueno —titubeó el padre—, en verdad no existen los guanacos azules.

—Pero, papá, si acabamos de ver uno —insistió la niña.

—Creemos ver muchas cosas —indicó el padre con voz grave (con esa voz con que hablan los grandes cuando quieren convencer a los chicos), pero nuestros sentidos nos engañan a veces. El color azul podría deberse, por ejemplo, a la luz del atardecer.

—Es que es de mañana —repuso Nora despacito.

En ese momento... ¡Ruuuum!... pasó deslizándose junto a ellos el guanaco azul con su flor en el hocico.

—Sí, tienes razón —aceptó el padre—. ¿Sabes? —agregó—, debemos mirarlo desde otro lado.

Ambos corrieron hacia el otro lado de la colina; luego corrieron hasta la cumbre y después corrieron hacia abajo.

El guanaco azul los miraba muy serio.

—¡Uf! —se cansó el padre—. Acepto que el guanaco parece azul... Pero la observación no es completa, podría estar teñido —insistió, sin darse por vencido.

—Papáaa... —lo regañó cariñosamente la niña.

—Tu tío Humberto es biólogo, él debería

tener una explicación. Yo entiendo de física y no de guanacos.

—¿De física? —preguntó interesada Nora.

—Claro —exclamó el padre contento de hablar sobre lo que él sabía—. Yo podría decirte, por ejemplo, cuánto se demorará tu guanaco..., este, azul, en resbalar desde la cumbre hasta el pie de la colina.

—¿De veras?

—Así es —aseguró el padre—. El guanaco puede ser considerado simplemente como algo que se desliza por una superficie inclinada, y el roce con el pasto lo va frenando.

La niña escuchaba con atención a su padre.

El guanaco azul, sentado en lo alto, agitaba con su hocico la pequeña flor.

—El roce de la piel del guanaco con el pasto tierno tiene un valor.

—Sí —dijo Nora sin entender demasiado.

—Digamos un valor de 0.3 —continuó imperturbable el ingeniero—; y por lo tanto, para nuestro cálculo podemos simplemente reemplazar el pasto por su valor de roce.

—Pero, papá —trató de decir la niña—, yo

prefiero que siga siendo el pasto... es tan agradable...

Sin embargo el reclamo de Nora no sirvió para nada... En un abrir y cerrar de ojos... ¡Horror!... Desapareció el tierno y verde pasto y... ¡Plop!... En su lugar apareció un gran número: el 0.3.

—Con respecto a la colina —continuó diciendo el padre—, como te dije, podemos considerarla como una superficie o un plano inclinado.

—Papá —volvió a reclamar Nora—, si se ve tan bonita la colina...

—Es decir, como una superficie que mide cien metros de largo y con una altura de unos sesenta y ocho metros. ¿Te parece?

—Sí, papá —aceptó la niña—, pero..

—Eso significa que forma un ángulo de cuarenta y tres grados y por lo tanto... Podemos reemplazarla.

Y en un abrir y cerrar de ojos... ¡Horror!... Desapareció la suave colina y en su lugar... ¡Plop!... Apareció el dibujo de un enorme ángulo en cuyo interior podía leerse: "43 grados"

—En cuanto al guanaco, no nos interesa

su peso; simplemente podemos considerarlo como un bloque.

—¡Papá! —reclamó Nora por tercera vez—. Yo prefiero seguir considerándolo como un guanaco azul.

Pero su padre sólo pensaba en el problema.

—Y por lo tanto nos da lo mismo que sea un guanaco, una roca o un ropero; es decir, lo que nos interesa es que es una masa.

Y en otro abrir y cerrar de ojos... ¡Horror!... Desapareció el guanaco, y ... ¡Plop!... En su lugar apareció una gigantesca "M".

Sólo la pequeña flor que el guanaco había tenido en el hocico permaneció flotando en el aire.

—Y ahora que tenemos todos los datos —continuó feliz el padre— podemos efectuar nuestro cálculo. —Y sacando una pequeña libreta escribió en ella una larga y escalofriante (pero muy útil) fórmula. Hizo algunas operaciones en su calculadora y exclamó con voz triunfante:

—¡Ya lo tenemos! Se demora exactamente cincuenta y dos coma siete segundos en caer.

Pero en ese momento levantó la vista y divisó a la pequeña florcita en el aire.

—¡Ajá! —exclamó—. La flor. Me faltó considerar la flor.

—¡No, papá, la flor no! —gritó la niña—. ¡La flor no!

—Pero, hija —se extrañó el padre—, si no tomo en cuenta la flor, el cálculo no será exacto.

—Ya lo sé, papá, yo sé que tú puedes decir cuánto va a demorar el guanaco en llegar abajo, o la masa del comedor, pero...

—Por supuesto, hijita, eso es lo maravilloso de la ciencia.

—Sí, lo entiendo. Lo que pasa es que a mí me gustaba la colina— dijo la niña con un poco de pena, pero... en un cerrar y abrir de ojos... ¡Plop!... Desapareció el gran ángulo con el número en su interior y... ¡Oh sorpresa!... Volvió a aparecer la suave colina.

—Y me gustaba mucho el pasto verde y tierno que la cubría —siguió diciendo. Y en otro cerrar y abrir de ojos... ¡Plop!... Desapareció el gran número "0.3" y... ¡Oh sorpresa!... La colina entera se cubrió de pasto.

—Y por sobre todo, todo —concluyó la niña—, me encantaba el pequeño guanaco azul, papá.

Y en un último cerrar y abrir de ojos...

¡Plop!... Desapareció la gran letra "M" y ...¡Oh sorpresa!... Apareció el dulce guanaco azul.

Entonces éste, con el hocico, cogió tranquilamente la pequeña flor que permanecía en el aire, miró a Nora, le sonrió y... ¡Ruuuum!... Se deslizó por la colina*.

**Nota para los científicos: Demoró exactamente 52,7 segundos en llegar abajo.*